

que ser remunerados por los mismos jesuitas; al mismo tiempo, los misioneros obtuvieron la potestad de escoger y licenciar al personal de la milicia<sup>4</sup>, y eran los responsables de administrar justicia en las nuevas posesiones.

De este modo, en octubre de 1697, Salvatierra<sup>5</sup> fundó la primera misión de California en Loreto, lugar que Kino le indicó como más plausible por la buena acogida que los aborígenes le habían propiciado durante su anterior expedición. Desde ese momento hasta la fecha de su expulsión en 1767, los jesuitas fundaron un total de dieciocho misiones en Baja California; hemos creído conveniente resumir una reseña que Mathes ha elaborado referente a estas misiones y sus fundadores, ampliando algunos datos provenientes de Clavijero (M. Mathes 1985: 89-96; F.X. Clavijero 1982: 229-230):

—San Bruno: Fundada el 5 de octubre de 1683 por Eusebio Francisco Kino (italiano) gracias al testamento de Alonso Fernández de la Torre (vecino de Nueva Galicia)<sup>6</sup>.

—Nuestra Señora de Loreto: Fundada el 25 de octubre de 1697 por Juan M<sup>a</sup> Salvatierra (italiano de origen aragonés) y gracias a la dotación de Don Juan Caballero y Ocio (criollo). Esta era la capital de California, cuyo misionero era el procurador de todas las misiones, donde habitaba el capitán gobernador y se hallaba el presidio principal y el almacén general.

—San Juan Bautista Londó: Fundada en marzo de 1699 por Juan M<sup>a</sup> Salvatierra y Francisco M<sup>a</sup> Piccolo (italianos) en honor de Don Juan Caballero y Ocio.

—San Francisco Javier Vigge-Biaundo: Fundada en octubre de 1699 por Francisco M<sup>a</sup> Piccolo gracias a una donación de Don Juan Caballero y Ocio.

—San Juan Bautista Malibat-Ligui: Fundada en noviembre de 1705 por Juan de Ugarte (criollo hondureño) con el Fondo Piadoso de la Compañía.

—Santa Rosalía de Mulegé: Fundada en noviembre de 1705 por Juan M<sup>a</sup> Basaldúa (criollo mexicano) gracias a una donación de Don Nicolás de Arteaga y su esposa Josefa Vallejo (vecinos de México).

—San José de Comondú: Fundada en otoño de 1708 por Julián Mayorga (español) con una dotación del Marqués de Villapiente (español).

—Purísima Concepción de Cadegomo: Fundada el 1 de enero de 1720 por Nicolás Tamaral (español) con una dotación del Marqués de Villapiente.

—Nuestra Señora del Pilar de la Paz Ariape: Fundada el 3 de noviembre de 1702 por Juan de Ugarte y Jaime Bravo (español) con una dotación del Marqués de Villapiente.

—Nuestra Señora de Guadalupe: Fundada el 12 de diciembre de 1720 por Everard Helen (alemán) con una donación del Marqués de Villapiente.

—Santiago: Fundada el 10 de agosto de 1721 por Ignacio M<sup>a</sup> Napoli (italiano) con una dotación del Marqués de Villapiente.

—Nuestra Señora de los Dolores de Chilla: Fundada en agosto de 1725 por Clemente Guillén de Castro (criollo mexicano) dotada por el Fondo Piadoso de la Compañía.

—San Ignacio de Kadakaaman: Fundada el 20 de enero de 1728 por Juan Bautista Luyando (criollo mexicano) con la propia dote.

<sup>4</sup> Esta facultad se mantuvo hasta 1744 cuando, según F. X. Clavijero, los jesuitas renunciaron a ejercer este derecho contentándose, desde entonces, con proponer un candidato al cargo de Capitán al virrey (F. X. Clavijero 1982, 237).

<sup>5</sup> Juan M<sup>a</sup> Salvatierra fue el primer jesuita reclutado por Kino, y en un principio debían encargarse juntos del nuevo establecimiento en Baja California, pero el padre Kino tuvo que abandonar la empresa para regresar a las misiones que en un principio tenía encomendadas en el continente debido a una rebelión de sus aborígenes.

<sup>6</sup> Esta misión fue fundada en el viaje que Kino realizó junto al Almirante Atondo y fue abandonada al fracasar dicha expedición, antes de la concesión oficial del permiso de evangelización otorgado a la Compañía de Jesús en 1697.

—Estero de las Palmas de San José del Cabo Añuiti: Fundada en abril de 1730 por Nicolás Tamaral y dotada por el Marqués de Villapiente.

—Santa Rosa de las Palmas o Todos Santos: Fundada en 1733 por Segismundo Taraval (italiano) dotada por el Marqués de Villapiente.

—San Luis Gonzaga Chiriyahui: Fundada en 1740 por Lambert Hostell (alemán) con una dotación de Don Juan Javier Joaquín de Velasco (criollo mexicano).

—Santa Gertrudis: Fundada el 15 de julio de 1752 por George Retz (alemán) dotada por el Marqués de Villapiente.

—San Francisco Borja: Fundada el 1 de septiembre de 1762 por Wenceslao Linck (alemán) con una dotación de Doña María de Borja.

—Santa María de los Angeles: Fundada en mayo de 1767 por Victoriano Arnés y Juan José Díaz (español y criollo mexicano respectivamente) en honor de Doña María Borja con una dotación del Fondo Piadoso de la Compañía; fue la misión más septentrional de la colonización jesuita.

De éstas, se suprimieron la de San Bruno, cuando Kino y Atondo regresaron de su expedición, y las de Londó, Liguí, La Paz y San José del Cabo, a causa de la disminución por distintos motivos de su población. De estos datos podemos deducir cómo se originó la colonización californiana: con fundaciones sufragadas por donativos y herencias de particulares, en las que juegan un papel importante las aportaciones de criollos, sin dejar de ser significativas las fundaciones a cargo del Fondo de la Compañía; por lo que se refiere a la lista de misioneros<sup>7</sup>, observamos cómo estos están constituidos en gran parte por italianos, alemanes, criollos y algunos españoles, por lo que podemos entender que se trata de una colonización europea, a cargo de la Corona española.

Las misiones se establecieron primero en terrenos nuevos, en lugares que en opinión de los colonizadores fueran aptos para trabajar la tierra y adaptar los animales domésticos que traían consigo, y con una relativa buena comunicación. Una vez introducidos en la península, ya se situaron en pueblos previamente establecidos, siempre observando las condiciones de idoneidad referentes a la tierra y el agua necesarios. Los jesuitas procuraban evangelizar a toda la población distante entre una misión y la nueva fundación, de manera que así evitaban posibles conflictos en los que fácilmente resultarían incomunicados entre sí.

Una misión era un establecimiento en el que había una iglesia, un habitáculo para el misionero, otro para la tropa, un almacén, una escuela para niños y otra para niñas, y algunas estancias para los neófitos; normalmente, entre el núcleo principal y las aldeas o «rancherías» que rodeaban la misión, se contaban entre quinientos y trescientos habitantes, aunque la misión de Todos Santos sólo tenía unas noventa personas, y la de Santa Gertrudis y San Francisco de Borja pasaban de las mil.

<sup>7</sup> Puede consultarse una lista con los nombres de todos los misioneros jesuitas de Baja California en Ernest J. Burrus (ed.) (1962: 304-312).

## Mantenimiento económico de las misiones

A pesar de las cláusulas de la licencia de colonización, desde un principio, los misioneros jesuitas realizaron distintas solicitudes de ayuda económica a la Hacienda Pública<sup>8</sup>; de manera que el Rey de España, desde 1701, otorgó para el establecimiento de estas misiones, distintas cantidades anuales que debían retribuirse desde el Real Erario. Aún así, en muchas ocasiones estas aportaciones no llegaron a su destino o se pagaron con mucho retraso, a pesar de las distintas peticiones y reclamaciones que se llevaron a cabo por parte de los misioneros jesuitas que no fueron atendidas. Son numerosos los testimonios que en este sentido podemos encontrar; sirva a modo de ejemplo la carta, que Piccolo dirigió en 1702, al Propósito General de la Compañía de Jesús en Roma, en la que se queja de la falta de interés que muestra el Virrey en cumplir con los donativos prometidos por el Rey:

«Poco importa que se pierda California». Assi me dixo, rogandole por la sangre de Jesuchristo diesse Su Excelencia alguna providenzia a la Cedula de nuestro Catolico Rey. Despues de tantos meses que recibió Su Excelencia dicha Cedula real, no ha dado passo a cosa chica ni grande de quanto Su Magestad le manda, ni los agradecimientos a los bienechores (E. J. Burrus [ed.] 1962: 102)

Parece que fue especialmente dura la época en que duró la guerra de sucesión al trono de la Corona española, hasta el punto de que los misioneros tuvieron que alimentarse con los mismos recursos que la población indígena, e incluso llegaron a plantearse la necesidad de abandonar la colonia (F. X. Clavijero 1982: 118-119). Con todo, la intención de los misioneros era la de crear unas poblaciones económicamente autónomas, basadas en la agricultura y la ganadería; por esa razón, a pesar de la fama que California poseía de ser rica, especialmente en perlas, los jesuitas nunca explotaron este recurso y siempre se opusieron a que otros lo hicieran; tanto soldados como otros colonos a su cargo lo tenían especialmente prohibido (F. X. Clavijero 104-105).

Clavijero aporta un resumen de los ingresos que recibieron del Real Erario las misiones californianas en tiempos jesuitas; la primera asignación real subía a seis mil pesos, hasta 1719 en que se empiezan a dar anualmente dieciocho mil pesos, y doce mil más a partir de 1736 en que se establece un segundo presidio en la zona sur; con esto se sufragaban los gastos de un capitán, dos tenientes, sesenta soldados, diez marineros y algunos oficiales de marina, aunque como los marineros necesarios para abastecer la península eran cuarenta, los misioneros continuaban pagando los treinta restantes<sup>9</sup>. Aparte de esta participación, el Estado aportó seis de los veinte navíos que sirvieron para abastecer la colonia, ya que la insuficiencia de la producción interna exigía la compra de alimentos y otras mercancías en los puertos mexicanos (F. X. Clavijero 1982: 234).

Otras cifras interesantes para el conocimiento del estado económico de las misiones en el primer tercio del siglo XVIII, son los datos aportados por el «Informe»<sup>10</sup> del padre Rodero en el que se incluye, aparte de la constatación de la insuficiencia de

<sup>8</sup> Estas peticiones de ayuda provocaron distintos informes del estado de las misiones en Baja California; entre éstos destaquemos los de Francisco M<sup>a</sup> Piccolo (1702) y Gaspar Rodero que se supone de 1737; ver al respecto E. J. Burrus (ed.). Ver también sobre estas peticiones y sus vicisitudes F. X. Clavijero (1982).

<sup>9</sup> Un soldado recibía unos cuatrocientos cincuenta pesos anuales, pero como la Corona pagaba lo mismo para un soldado que para un oficial, los misioneros debían doblar la cifra con sus recursos (F. X. Clavijero 1982: 234).

<sup>10</sup> Este «Informe», aunque publicado sin fecha, se sitúa en 1737 según los datos aportados por el autor en el interior del texto; está transcrito íntegramente en E. J. Burrus (ed.) (1962: 279-303).